

Los pliegues del tiempo: Kronos, Aión y Kairós.

Amanda Núñez. Investigadora. Filosofía. UNED

Tras mucho pensar he decidido no traer imágenes a esta reunión, sólo palabras. Porque no es verdad que una imagen valga mil palabras, ni que las palabras sean más que las imágenes. Simplemente, como dice Félix de Azúa en *lecturas compulsivas*: dejémoslo en una imagen y mil palabras.

Aquí van mis palabras, espero que os ayuden y hagan que proliferen en vuestras cabezas y vuestras manos muchas más palabras y algunas imágenes.

Comencemos con algunas herramientas que nos pueden venir muy bien para abordar esta diferencia de tiempos: la que hay entre Kronos, Aión y Kairós. Diferencia en la que, sin saberlo bien, nos jugamos tanto. Porque, como veremos, es una diferencia que, en último término separara lo que es la mera supervivencia de la vida. Y para las gentes que nos las habemos y damos vueltas al arte, nos puede dar buenas pistas de qué puede ser esta cosa extraña (y en la que también nos va la vida) que son las artes y sus obras. El tiempo de las artes.

Si nos remontamos a la etimología de estas palabras, que todavía no pueden decirse sino en griego pues no tenemos traducción posible, vemos que tenemos tres. Kronos, aión y Kairós. Sólo podemos comprender su significado completo asomándonos a qué significan en la Grecia Clásica.

En Grecia, un tiempo extraño, pasado, y sin embargo muy importante para podernos entender a nosotros mismos. Un tiempo que puede alterar muchas de las comprensiones y acciones terribles que hay en nuestra contemporaneidad. Un tiempo que cada vez que aparece nos enseña cosas muy importantes. Una temporalidad a la que no podemos parar de referir cada vez que hablamos de algo importante.

Este tiempo espacio: Grecia, que a diferencia de nosotros no ha pasado por la modernidad y no ha homogeneizado ni vaciado ni su tiempo ni su espacio. Que no se basa en el tiempo del trabajo y de los relojes, del ir y venir sin posarse, del andar y no caminar; ni en los no-where o espacios vacíos y carentes de todo sentido en los que muchas veces nos hallamos (como los aeropuertos, los centros comerciales...etc). En Grecia, lugar donde el ocio tenía que ver más que con esto del arte y del pensamiento y no con el ocio como consumo.

En esta Grecia (Antigua la llaman cuando es más contemporánea nuestra que muchos coetáneos) hay tres palabras para hablar de tiempo. No hay la bárbara reducción de los pliegues del tiempo a uno único: el tiempo vacío de la física.

Para cada tiempo en Grecia hay un dios que lo expresa y cuyas cualidades en sus imágenes ya nos dan indicios de qué se está tratando cuando estas divinidades nos visitan.

Tres palabras, tres dioses: Kronos, aión y kairós.

Comencemos por aquel al que estamos más habituados: Kronos:

En la mitología griega, desde siempre, el cielo y la tierra estaban unidos. El falo del cielo estaba metido en la tierra siempre y no permitía que nada saliera del vientre de ella. Kronos, dios de la génesis, aparece en el seno de la tierra. Es hijo de cielo y tierra, y su acción principal es castrar al padre. Al castrar al padre cielo y tierra se separan y entre ellos comienzan a aparecer todas las cosas de este mundo, incluidos nosotros, mortales. Se da lugar al orden cósmico. Génesis.

También sabemos, por otra parte y en otras imágenes de Kronos. Que para conservar su reinado, y ya que le habían augurado que uno de sus hijos se sublevaría contra él, devoraba toda su descendencia como vemos en el cuadro de Goya de Saturno comiéndose a sus hijos. Kronos es un dios que necesita engullir y matar a todo lo otro para que permanezca su poder. El dios que mata para conservar su eternidad. Dios de la muerte de todo lo finito para ser él, infinito.

Por el contrario, el dios Aión, no es ningún dios genético. Siempre está. No nace, no es originado. No tiene que sublevarse contra nada, y no tiene que comerse nada para ser eterno. Tan sólo da.

Sus imágenes son dobles: Por un lado se le presenta como a un viejo. Señor del tiempo y de lo que no se mueve, de lo que no nace ni muere, de lo perfecto. Así considerado es el tiempo de la

vida. Aión es el tiempo de la vida. A veces aparece rodeado de una serpiente, la serpiente que se muerde la cola y que nos indica el eterno retorno del que también habla Nietzsche como la excepción a la muerte de todo lo que puede (de lo que tiene potencia para hacerlo).

Por otro lado, también se presenta como un joven que sostiene el Zodiaco por donde circulan las estaciones. Pues aunque haya muerte en cronos y cada invierno todo muera, siempre hay repetición, y cada primavera todo renace. También serpiente del eterno retorno.

Aión: Viejo y niño a la vez. Dios de la vida y no de la vida que muere.

Dios del pasado, de la vejez y de la eterna juventud, del futuro, a la vez. Un futuro y un pasado liberados de la tiranía del presente de Kronos.

He aquí dos modos de eternidad, dos dioses de lo eterno:

Kronos: el eterno nacer y perecer; y Aión: el eterno estar y retornar, lo que hay entre nacer y morir. Entre nada y nada. Lo pleno.

Kronos: La duración. El *espacio* de tiempo que hay entre la vida y la muerte; y Aión: el tiempo pleno de la vida sin muerte.

Kronos: El presente con su pasado y su futuro (yo me acuerdo de..., lo que voy a hacer mañana..., lo antiguo pasado de moda, lo novísimo deseado y, en cuanto sale, ya muerto); y Aión: el pasado-futuro independientes del presente. Un pasado futuro que es una antigüedad como la griega, que transforma cada vez que aparece y no tienen nada que ver con lo que fue Grecia realmente (si algún día logáramos saber qué era Grecia realmente, cosa imposible pues sólo la podemos reconstruir). El tiempo de los libros, de los cuadros: tan antiguos y, sin embargo, todos nosotros siempre corriendo detrás de ellos. Esos libros, esos cuadros, esas músicas siempre nuevos aunque se lean, se miren, se escuchen infinitas veces.

Kronos: El tiempo del movimiento, del trabajo, de lo que Aristóteles¹ llama las acciones imperfectas que tienen su fin desgarrado fuera de ellas: adelgazar, construir una casa... Estas acciones se caracterizan por ser inservibles cuando se llega a la meta requerida. Cuando se llega, muere el movimiento porque no valía por sí mismo: al acabar la casa, no se sigue construyendo, al adelgazar, no se sigue adelgazando. Aión, por el contrario, como el éxtasis que sobrevuela los movimientos. Como acción perfecta que tiene el fin en sí mismo: veo y continúo viendo, amo y continúo amando. Acción sin muerte aunque todos muramos, porque el amor y el ver no dependen de nosotros, sino más bien nosotros de ellos.

Kronos: el tiempo del reloj, del antes y el después. Aión, el tiempo del placer y del deseo donde el reloj desaparece...

Pero ¿qué ocurre con Kairós?, ¿Qué ha sido entre tanto de nuestra tercera divinidad? La que más nos incumbe aquí en Kronos y Kairós y en una escuela de artes.

Esta tercera divinidad es menor (en el mejor de los sentidos de la palabra). No es un gran dios de lo eterno, sino un diosillo, un duende, un *daimon* o demonio, que llamarían los griegos.

Sus imágenes son pocas. Es hijo de Zeus (el que destituye la tiranía de Kronos y queda siendo el amo del orden cósmico que no originó) y de Tijé (diosa de la suerte o de la fortuna). Tiene parentesco, entonces, con Kronos pero también con la suerte o la fortuna, con la oportunidad.

Esta divinidad menor suele ser presentada como un adolescente con los pies alados que sostiene una balanza desequilibrada con su mano izquierda. Es calvo o sólo tiene un mechón en la parte delantera de la cabeza. Es bello.

Es heredero del tiempo (de Zeus, hijo de Kronos) pero es capaz de que la fortuna nos sonría en. Puede darnos un trocito de gloria, un instante genial en el transcurrir de Kronos. De la muerte a la muerte.

Es calvo o con un mechón sólo en la parte delantera de su cabeza y tiene los pies alados. Ello nos da cuenta de que es muy veloz. Que hay que encontrarlo y cogerlo en el momento justo o se nos escapará y no podremos agarrarlo del pelo para recuperarlo cuando se esté escapando.

Es bello porque, finalmente para los griegos, la belleza siempre es oportuna y la oportunidad es el único artífice de la belleza. Por esta razón, desde siempre estuvo vinculada con las artes.

1 Aristóteles: Física IV, II, 220^a y siguientes.

Y tiene una balanza desequilibrada en su mano izquierda pues no es su virtud el equilibrio. El medio entre dos contrarios. Sino que él mismo posee el secreto de su medida. Por ello lleva una balanza, por ello nosotros vemos su balanza desequilibrada.

Con los pies alados, como Hermes, el mensajero de los dioses, esta divinidad veloz que va y viene, une dos mundos en un solo instante. Dios menor y sin embargo el más grande para nosotros. Nuestro intercesor.

Si vemos, lo que hemos obtenido de las otras dos grandes divinidades es que son dos eternidades. Dos absolutos allá colocados en el panteón olímpico.

Pero nosotros, a quienes importa, a los que les va eso de la vida y la muerte, los que vivimos entre esos dos mundos: el de la eternidad mortal de la nada a la nada y el placer eterno que no muere, la vida plena. A los que disfrutamos del éxtasis y sufrimos con el trabajo, a los que disfrutamos amando y para los que es una tortura adelgazar, o coger tres autobuses y un metro para ver una película o ir a un museo...

Los que, en definitiva, vivimos entre esas dos eternidades pero no pertenecemos enteramente a ninguna de ellas. Nosotros los mortales necesitamos de intercesores para no sólo nacer y morir.

Por ello Kairós es nuestro dios más propio. El pliegue, el lugar donde se unen y donde podemos distinguir el tiempo de la supervivencia entre muerte y muerte; y el tiempo de la vida plena donde no hay muerte.

Si leemos "El perseguidor" en *Las armas secretas* de Julio Cortázar, podemos encontrar un fragmento muy interesante para notar qué es este kairós a propósito y de la mano de un músico de jazz: Charlie Parker.

«...Te estaba diciendo que cuando empecé a tocar de chico me di cuenta de que el tiempo cambiaba. Eso se lo conté una vez a Jim y me dijo que todo el mundo se siente lo mismo, y que cuando uno se abstrae...Dijo así, cuando uno se abstrae. Pero yo no me abstraigo cuando toco. Solamente que cambio de lugar. Es como en un ascensor, tú estás en el ascensor hablando con la gente, y no sientes nada raro, y entre tanto pasa el primer piso, el décimo, el veintiuno, y la ciudad se quedó ahí abajo, y tú estás terminando la frase que habías empezado al entrar, y entre las primeras palabras y las últimas hay cincuenta y dos pisos. Yo me di cuenta cuando empecé a tocar que entraba en un ascensor, pero era un ascensor de tiempo...»²

«(...) la cuestión es que yo había tomado el métro en la estación de Saint-Michel y en seguida me puse a pensar en Lan y en los chicos, y a ver el barrio. Apenas me senté me puse a pensar en ellos. Pero al mismo tiempo me daba cuenta de que estaba en el métro, y vi que al cabo de un minuto más o menos llegábamos a Odéon, y que la gente entraba y salía. Entonces seguí pensando en Lan y vi a mi vieja cuando volvía de hacer las compras, y empecé a verlos a todos, a estar con ellos de una manera hermosísima, como hacía mucho que no sentía. Los recuerdos son siempre un asco, pero esta vez me gustaba pensar en los chicos y verlos. Si me pongo a contarte todo lo que vi no lo vas a creer porque tendría para rato. (...)

Si te contara todo lo que les vi hacer a los chicos, y como Hamp tocaba save it, pretty mamma y yo escuchaba cada nota, entiendes, cada nota, y Hamp no es de los que se cansan, y si te contara que también le oí a mi vieja una oración larguísima, donde hablaba de repollos, me parece, pedía perdón por mi viejo y por mi y decía algo de unos repollos...Bueno, si te contara en detalle todo eso, pasarían más de dos minutos (...)

Pasaría un buen cuarto de hora, eh, Bruno. Entonces me vas a decir cómo puede ser que de repente siento que el métro se para y yo me salgo de mi vieja y Lan y todo aquello, y veo que estamos en Saint-Germain-des-Prés, que queda justo a un minuto y medio de Odéon. (...)

Apenas un minuto y medio por tu tiempo, por el tiempo de ésa (...). Y también por el del métro y el de mi reloj, malditos sean. Entonces, ¿cómo puede ser que yo haya estado pensando un cuarto de hora (...)? ¿Cómo se puede pensar un cuarto de hora en un minuto y medio? (...)

Y después me ha vuelto a suceder, ahora me empieza a suceder en todas partes. Pero – agrega astutamente– sólo en el métro me puedo dar cuenta porque viajar en el métro es como estar metido en un reloj. Las estaciones son los minutos, comprendes, es ese tiempo de ustedes, de ahora; pero yo sé que hay otro, y he estado pensando, pensando...

(...) Si yo pudiera solamente vivir como en esos momentos, o como cuando estoy tocando y también el tiempo cambia...Te das cuenta de lo que podría pasar en un minuto y medio...Entonces un hombre, no solamente yo sino ésa y tú y todos los muchachos, podrían

2 J. Cortázar: *Las armas secretas*. "El perseguidor", en *Cuentos completos*, Alfaguara, Madrid, 1998. p. 230

vivir cientos de años, si encontráramos la manera podríamos vivir mil veces más de lo que estamos viviendo por culpa de los relojes, de esa manía de minutos y de pasado mañana...»³

¿Cómo se puede pensar un cuarto de hora en un minuto y medio? Por kairós.

Kairós. Demonio fugaz que aparece como inspiración y nos lleva a otra dimensión.

Momento oportuno, se le llama a este kairós. Ocasión. En griego se utiliza en atletismo, el punto justo donde un atleta tiene que entrar para ganar. En surf el momento en el que se coge la ola, el pliegue, antes no se puede y después tampoco o caerás, sólo se puede permanecer en equilibrio en algo tan inestable y peligroso como una ola si uno se introduce en el momento oportuno. Kairós. También en medicina: momento más apropiado para intervenir. Y en retórica: tema y estilo, lo invisible que hace que todo lo demás se articule con gracia, pero que si no se alcanza hace que todo sea un desastre.

El kairós, el instante. Es un *tiempo*, pero también un *lugar*, un espacio distinto del espacio de la duración o del recorrer las manillas del reloj.

Lugar-tiempo donde se nos arrebatara de Kronos y se nos sitúa en Aión.

Es el Acontecimiento. Aquello respecto a lo cual siempre vamos detrás. Lo que hace aparecer el tiempo puro o Aión en medio de kronos, violentando la normalidad de kronos y haciendo que todo cambie.

Los hitos (lugares temporales). Parones, echadas de freno de mano en el camino en línea recta de Kronos, en el camino del progreso de la muerte a la muerte, de la nada a la nada siendo ya la nada de un presente que no tiene apenas consistencia, pues sólo consiste en pasar. Como las modas y el mercado.

Kairós es un Momento-lugar único e irrepetible que no es presente sino *siempre está por llegar y siempre ya ha pasado*. Que nos sobrevuela⁴.

Un tiempo que podemos intentar violentar y medir, pero al que nuestras medidas abstractas no le afectan pues tiene su propia medida cada vez.

El protagonista del perseguidor, Charlie Parker, dice que mete un cuarto de hora en un minuto y medio, pero ese cuarto de hora no se puede medir pues la medida nos traiciona y nos da, o un minuto y medio, o el desarrollo falsario de intentar contar una vida entera que pasó en ese minuto y medio.

No hay manera de medir según las medidas de Kronos a Kairós, ni en su duración, ni en saber cuándo comienza el acontecimiento ni cuándo termina. Por ejemplo, ¿cuándo comenzó la revolución rusa?, en octubre de 1917, ¿pero el día 5 a las 7,15, o el 18 a las 6? ¿O podemos decir que ni en octubre?, pues hubo cosas ya en Febrero. Y ¿Cuánto duró?, ¿hasta su traición?, ¿hasta la muerte de Lenin?, ¿la de Stalin? ¿O sigue dando sus frutos?, ¿pero la traicionada o la otra? ...

Kairós siempre tiene su propio tiempo. ¿Qué tiempo tiene una canción?, ¿y un cuadro?, ¿en qué tiempo están? Una canción cualquiera, ¿cuando comienza una pieza de Bach?, ¿cuándo surge en la cabeza del compositor?, ¿la primera vez que la toca?, ¿Cuándo se graba en un disco?, ¿o en un cd?...Más bien una pieza comienza cuando comienza y termina cuando termina. Tiene su propio tiempo, su propia medida en ella misma. Y además podría ser cortada en cualquiera de sus lados: minuto 1.02, sino cuando ella lo pidiera, como pide terminar y termina. El *tempo* correcto no puede calcularse ni medirse nunca, pues depende de la composición interna de la obra (el arte, en cuanto que es kairós, no se pliega a una *medida* externa a él).

Pero que no se pliegue a una medida externa no sólo lo hace independiente de Kronos, sino que nos hace ver otra nota importante de Kairós, y es que es kairós quien da la pauta a kronos pues introduce el tiempo de la vida en el de la muerte: Es el instante, el acontecimiento el que marca el tiempo.

En abstracto podemos marcar el tiempo y contarlos en minutos, segundos (60 segundos un minuto), horas....pero ¿qué es lo que marca el tiempo? los acontecimientos. El domingo, ese domingo en rojo de los calendarios, ¿es domingo porque es el último día de la semana?, ¿un día más entre otros?, ¿o la semana del trabajo y de la fatiga es semana porque vive en referencia a un domingo en el que descansar y hacer las cosas que uno quería hacer?

La historia no se cuenta por kronos, se cuenta por kairós. Los hitos son aquellos momentos esquivos y extraños, con su propia temporalidad, que nos abren la puerta a la vida sin muerte. A la vida sin fatiga ni desgaste. Aquello que hace que la homogeneidad, la identidad de los días de trabajo, de los momentos en los que nada ocurre se rompa y entre un poco de tiempo puro.

3 Ibid, pp. 232 y 233.

4 Cfr. Gilles Deleuze: Casi toda su obra pero especialmente para este tema: *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, 1994.

Algo que marca un antes y un después y que hace que el mundo no siga igual. ¿El mundo es el mismo después de la revolución Rusa?, ¿Y después una pieza de Bach?, ¿o de un tema de Charlie Parker?, ¿y después de que surgiera esta escuela?...

Por ello se conmemoran los acontecimientos, no porque nos hagan ver que el tiempo pasa - para saber eso sólo hay que montarse en el metro- sino para saber que hay temporalidades que no pasan, y que éstas son las que nos constituyen.

Por ello Kairós suele relacionarse (y H-G. Gadamer así lo hace siempre) con la fiesta y los productos del arte: El tiempo de la celebración, el tiempo de la fiesta, se opone como tal al tiempo del trabajo: la fiesta congrega, frente al trabajo que separa y divide. Al mismo tiempo toda celebración suprime la idea de una meta a la que hay que llegar: la fiesta es esa meta y ya se está en ella. La fiesta es como el amar y no como el adelgazar.

La celebración comporta un tiempo "lleno", un tiempo "propio": ofrece tiempo, lo detiene, invita a demorarnos en ella -es un tiempo estructurado desde sí mismo. En su retornar, es la fiesta la que instaura el orden del tiempo cotidiano o vacío.

Kairós como lugar-tiempo del arte, también marca. Esta vez épocas: ¿sería algo Grecia sin las esculturas, las tragedias, las epopeyas, los cantos de Píndaro y de Safo, la filosofía griega, los cuadros de los prerrafaelitas en el sXIX que nos pintan Grecia, las vasijas, los mosaicos...etc.? ¿Sería algo el siglo XX para nosotros occidentales sin Proust, sin las vanguardias, sin el cine...etc...? Son ellas, son las artes las que nos hacen localizar las epocalidades, las que en último término, como fiestas divinas de un dios divino que son: kairós, marcan el pulso, la respiración, el pliegue y despliegue del tiempo de la vida. Del tiempo donde se puede vivir y habitar en medio de la nada de Kronos. En mitad del tiempo de la muerte que también es necesario, por otra parte. Pues ésa es la pequeñez y la grandeza del mortal, estar entre la vida y la muerte. Por ello nuestro dios es kairós y kairós es nuestras artes y nuestras fiestas.

Pero aquí viene la dificultad y el *arte*, valga la redundancia, del productor o el artista. No todo es kairós y no todo es arte. Por ello el diablillo calvo, al que es difícil agarrar y que se escapa volando con sus pies alados.

No cualquier experiencia subjetiva, como la del metro de Cortázar es arte. Es arte cuando es objetivo, cuando se puede comunicar, cuando lo cuenta tan bien Cortázar, cuando realmente introduce una temporalidad dentro de otra. El arte debe realizar la gran piedad de, una vez experimentado el tiempo pleno, no matarlo dejándolo únicamente en nuestros recuerdos individuales que morirán con nosotros. El arte tiene el reto imposible y a la vez necesario de hacer que acontezcan los acontecimientos, de crearlos en medio de lo árido de Kronos. Dice el filósofo Walter Benjamin:

«Parecía que nuestros bares, nuestras oficinas, nuestras estaciones y fábricas nos aprisionaban sin esperanza. Entonces vino el cine y con la dinamita de sus décimas de segundo hizo saltar ese mundo carcelario y ahora emprendemos entre sus dispersos escombros viajes de aventuras. Con el primer plano se ensancha el espacio y bajo el retardador se alarga el movimiento. En una ampliación se trata no solo de aclarar lo que de otra manera no se veía claro, sino que más bien aparecen en ella formaciones estructurales del todo nuevas»⁵.

Crear en nuestro mundo cotidiano de Kronos (puesto que mortales somos) otras maneas de verlo, desde la vida y su variedad, y no desde la muerte de nuestro desdén.

Por eso dice Benjamin, hablando del teatro de Brecht, que lo que tiene que hacer el productor artístico es siempre no ser realista sino hacer que nos extrañemos.

Imaginemos en un teatro unos personajes hablando de algo cotidiano, se están peleando por lo de siempre y todos pensamos que es lo de siempre y pasamos por la obra como el que pasa por la calle. Pero, de pronto, una puerta se abre y entra un personaje extraño. Se interrumpe bruscamente la escena y hace ver lo extraña que es: pelear ¿por qué?, por lo de siempre... Se convierte en un acontecimiento porque el extraño que entra y el mismo corte de la situación con su extrañamiento obligan ya al espectador -y al mismo actor- a tomar partido en la escena, a por fin vivirla y vivirla como nueva.

La puerta se abre y con ella entra un poco de aire fresco, un poco de distancia frente al tiempo de la muerte y quizá, un poco de tiempo en estado puro. Charlie Parker suena en el disco y los seis minutos de tema son un pestañear, o lo paladeamos y es una eternidad, o es una vida entera metida dentro de seis minutos.

5 W. Benjamin, "Breve historia de la fotografía" en Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia, Taurus, Madrid, 1973,p.48.

« El peso más pesado: *¿Qué ocurriría si, un día o una noche un demonio se deslizara furtivamente en la más solitaria de tus soledades y te dijese: “Esta vida, como tú ahora la vives y la has vivido, deberás vivirla aún otra vez e innumerables veces, y no habrá en ella nunca nada nuevo, sino que cada dolor y cada placer, y cada pensamiento y cada suspiro, y cada cosa indeciblemente pequeña y grande de tu vida deberá retornar a ti, y todas en la misma secuencia y sucesión -y así también esta araña y esta luz de luna entre las ramas y así también este instante y yo mismo. ¡El eterno reloj de arena de la existencia es dado la vuelta una y otra vez -y a la par suya tú, polvito del polvo!-“ ¿No te arrojarías al suelo, rechinando los dientes y maldiciendo al demonio que así te habló? ¿O quizás has vivido una vez un instante infinito, en que tu respuesta habría sido la siguiente: “¡Tu eres un dios y jamás oí nada más divino! Si esa noción llegara a dominarte, te transformaría y tal vez te aplastaría tal y como eres ¡la pregunta ante todas las cosas: “¿Quieres esto otra vez e innumerables veces más?” pesaría como el peso más pesado sobre todos tus actos! O ¿Cómo necesitarías amarte a ti mismo y a la vida para no desear ya otra cosa que esta última, eterna confirmación, este sello?»⁶*

6 F. Nietzsche: La gaya ciencia, Akal, Madrid 1988, p. 250.

O en internet: http://www.nietzscheana.com.ar/de_la_gaya_scienza.htm#Peso